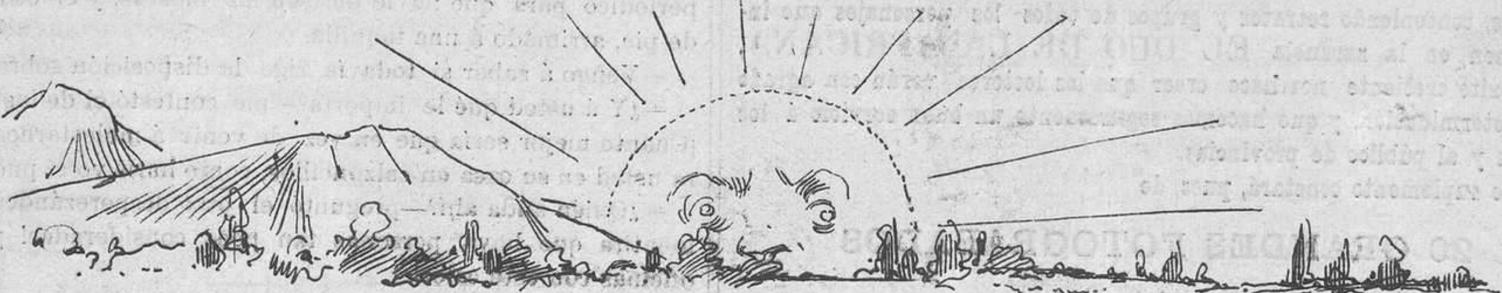


Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

S. A. LA BICICLETA



**Ya tenemos los chicos de la prensa
 otro medio sencillo y conveniente
 para adquirir notoriedad inmensa
 sin gastar el ingenio tontamente.**

SUMARIO

TEXTO: Advertencia, por el Administrador.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Un contratiempo, por Fiacro Yrázoz.—El cuento de la murga, por Juan Pérez Zúñiga.—No cabe más, por Francisco Flores García.—Estoy en el secreto, por Eduardo Bustillo.—¡Vino!, por Sinisio Delgado.—Al señor gobernador, por Gonzalo Cantó.—Fruslerías, por Alberto Casañal Shakery.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: S. A. la bicicleta.—El ardiente Febo.—Anuncios, por Cilla.

ADVERTENCIA

La aceptación obtenida entre el público que habitualmente nos favorece por los dos fotograbados publicados en el número anterior nos ha sugerido una feliz idea, que vamos á comunicar á ustedes inmediatamente.

Consiste en añadir al número próximo un SUPLEMENTO de cuatro páginas, conteniendo retratos y grupos de todos los personajes que intervienen en la zarzuela **EL DUO DE LA AFRICANA**, cuyo éxito creciente nos hace creer que los lectores verán con agrado esta determinación, y que hacemos seguramente un buen servicio á los actores y al público de provincias.

Este suplemento constará, pues, de

20 GRANDES FOTOGRAFADOS

y la tirada se hará en papel superior.

Y ahora falta la parte más interesante de la advertencia. A pesar de este exceso de gasto, que es de verdadera importancia, el número 543, correspondiente al sábado 15 del actual, no costará más que los demás. Es decir, que los suscritores lo recibirán gratis y los compradores tienen derecho á exigirlo á los vendedores sin aumento alguno en el precio corriente.

Los corresponsales que deseen aumentar el pedido para este número, lo harán antes del jueves, para evitar las dificultades que siempre lleva consigo una segunda tirada.

¡No vaya á ocurrir lo que otras veces!

EL ADMINISTRADOR.



Dentro de pocos días Madrid habrá perdido la mitad de sus habitantes.

El calor arrecia y todo el que tiene dos docenas de duros en el bolsillo abandona la corte para trasladarse á provincias en busca del fresco bienhechor.

Aquí no se puede vivir durante los meses de Julio y Agosto. Las casas están que arden, los cafés nos hacen pensar en los tormentos de que nos habla el poeta florentino, y las personas nos parecen *chouberskis*.

Va usted á saludar á uno y, al apretarle la mano, cree haber cogido un puchero recién sacado de la lumbre.

Hay quien tiene los dedos mojados, como si los hubiera metido en engrudo caliente, y hay quien anda por ahí con el rostro cubierto de «líquidas perlas».

—¿Qué es eso, D. Jenaro? ¿Llora usted?

—¡Ay! —nos contesta el aludido.—Este calor me aplana. Estoy sudando como un pollo. Mire usted.

Y al hablar así se desabrocha el chaleco y nos enseña la camisa, completamente empapada.

—¿Por qué no emplea usted el sistema moderno?

—¿Cuál?

—El del papel secante.

D. Jenaro se incomoda y continúa su camino echando ternos, porque el calor predispone al enojo y no aguantamos bromas, por inocentes que sean.

Los caracteres más dulces se convierten en irritables bajo esta temperatura caliginosa, y hay quien se pasa el invierno soportando pacientemente un callo que le ha salido en el juanete derecho; pero llega el estío, comienzan los calores y el interesado coge el pie y se lo machaca.

—¿Qué haces, Eleuterio?—pregunta la esposa del desesperado.

—¡De mí no se ríe ningún juanete!—grita él, descargando puñetazos sobre la parte dolorida.

Á las oficinas públicas no se puede ir estos días, porque los empleados están «echando lumbre» y dan muy malas contestaciones.

La otra tarde fui á un ministerio para averiguar si estaba vigente una disposición que suele derogar el ministro cada ocho días, y no había más que dos funcionarios de mal talante. Uno se había quedado dormido sobre un sofá, después de taparse la cara con un periódico para que no le picasen las moscas, y el otro bostezaba de pie, arrimado á una taquilla.

—Vengo á saber si todavía rige la disposición sobre los chatos.

—¿Y á usted qué le importa?—me contestó el de los bostezos.—¡Cuánto mejor sería que en vez de venir á molestarnos se estuviera usted en su casa en calzoncillos, como haría yo si pudiera!...

—¿Quién anda ahí?—preguntó el otro desprecándose.—¡Parece mentira que haya personas tan poco consideradas! ¡Venir á las oficinas con este calor!

—No se incomoden ustedes.

—¡Chiss!—dijo uno.—Baje usted la voz, que está durmiendo el jefe del negociado.

Si no me voy pronto de allí, creo que me pegan aquellos burócratas empedernidos; pero en cierto modo es disculpable todo lo que sucede estos días. Yo mismo, que tengo un natural bondadoso y no acostumbro á incomodarme, siento la necesidad de discutir y de cometer atropellos, porque el calor excita el sistema nervioso; de manera que si se retrasa mi viaje á Portugal por cualquier causa y no puedo irme dentro de dos ó tres días, acabaré por matar á cualquiera, ó quizás me suicide.

* * *

La llegada de los velocipedistas franceses ha despertado muchas dormidas aficiones entre nuestros compatriotas.

Había joven madrileño que no corría ya á causa de varios porrazos recibidos durante su vida locomóvil, y ahora vuelve á montar en bicicleta para emular las glorias de los dos parisienses recién llegados.

El chico menor de Calomelano salió ayer tarde en bicicleta con dirección á Aravaca, y al llegar á la Puerta de Hierro cayó de bruces sobre la familia de Vázquez, que estaba merendando. Asustóse la señora, lloraron los niños, ladró el perro, y Vázquez, indignado, arrojó á la cabeza del velocipedista una fuente honda llena de ensalada.

—Esto es un atropello —gritaba Calomelano agarrándose al bicicleta.

—¡Fuera de aquí!—contestaba Vázquez dirigiéndose hacia una cazuela de arroz, con ánimo de arrojársela también.

Hay que advertir que Vázquez es hombre de muy malos sentimientos, y además aborrece los velocípedos por convicción y por sistema.

Tuvo que intervenir la señora de Vázquez para que éste no cometiera una segunda barbaridad, y Calomelano volvió á subirse á la máquina, desapareciendo veloz carretera arriba; pero era tal su aturdimiento que en la cuesta de las Perdices atropelló á un caminante y chocó con una burra. Enfurecióse el dueño del animal; Calomelano quiso disculparse y volvió á echarle encima el bicicleta, hasta que tuvo que poner paz la pareja de la guardia civil atando al velocipedista codo con codo y entregándole á las autoridades de Aravaca, para que hicieran con él lo que tuviesen por conveniente.

Dos días hace que Calomelano falta del hogar, y su padre anda por la carretera preguntando á todo el mundo si ha visto por allí un joven rubio, con blusa verde-botella, gorra de percalina y calzón de pana sujeto á la canilla con una correa. Nadie le ha dado razón hasta ahora, pero Calomelano padre encontró junto á la Puerta de Hierro un diente incisivo y no pudo menos de estremecerse.

—Sí; este diente es de Isdrín.

—¿Quién es Isidrin?—le preguntó un peón caminero.

—Mi hijo; este diente es suyo, no me cabe duda.

—¿En qué le ha conocido usted?

—En el color. Todos los dientes de mi familia son algo verdes.

Por fin Calomelano padre pudo abrazar á Calomelano hijo, que yacía en el ayuntamiento de Aravaca, sentado en el suelo, con las manos en la cabeza y las piernas en cruz. Á su lado tenía el biciclo y una zapatilla. La otra había quedado en poder de la guardia civil como cuerpo del delito.

Los que saben manejar la máquina hacen perfectamente en salir de paseo y emprender viajes y entrar en pistas peligrosas, pero los que como Calomelano se tuercen á lo mejor y no saben guardar el equilibrio, están expuestos á salir un día de su casa en velocípedo y regresar en pedazos, como le ha pasado á otro joven de la calle del Salitre que quiso ir á Alcalá de Henares en bicicleta, y á las dos horas se lo llevaron á sus padres envuelto en un mantón, con dos dedos colgando y sin un solo diente de arriba.

El pobre joven está todavía en la cama, hecho una calamidad, y cada vez que tose, suelta un diente de abajo.

—¡Hijo de mi corazón!—dice la madre acariciándole.

Y dice él:

—Ten cuidado, mamaita. No me acaricies la nariz.

—¿Por qué?

—Porque temo que se me desprenda.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

UN CONTRATIEMPO

(Á MI QUERIDO AMIGO PEPE JACKSON VEYAN)

Se hacía una noche
tu *Espada de honor*,
y en ella luciendo
su cuerpo gentil,
esbelta y airosa
marchaba Leonor
llevando en sus hombros
con gracia el fusil.

¡No ha habido un cadete
que haciendo *instrucción*
con esa muchacha
compita jamás,
pues marca la esgrima
con tal precisión
que ya es imposible
pedírsele más!

¡Qué linda chiquilla!
¡Gallardo doncell!
¡Qué ojillos de cielo,
qué garbo, qué sal...
y qué lunarcito
tan pícaro aquel
que tiene en su cara
de rosa y corall!

Pasé por su lado,
y apenas la vi,
sentí en mis adentros
extraña emoción;
no sé qué fué aquello,
pero era algo así
como unos impulsos
de mala intención.

Sentí unos deseos
como de abrazar.
Mis ojos marchaban
siguiéndola en pos,
y siempre anhelantes
miraban su andar,
su equipo, su espada,
su vaina y su ros.

En todas mis cosas
yo voy con buen fin,
y nunca presumo
de conquistador;

pero ¡ay! esa noche
la eché de pillín
y diéronme un susto
de marca mayor.

Estando formadas,
me fuí por detrás,
enmedio del grupo
me pude esconder,
y entre los ochenta
cadetes, ó más,
cogíla del talle
con loco placer.

¡La tuve en mis brazos!
¡Oh dicha ideal!
Volvió ella la cara
furiosa y... ¡horror!
¡Había abrazado,
por suerte fatal,
á un músico *macho*
que toca el tambor.

El buen veterano,
que vió mi actitud,
no sé lo que habría
llegado á creer;
lo cierto es que el hombre
pensó en su virtud
y dióme un trompazo...
¡que había que ver!

Confuso y corrido
salíme de allí.
¡Qué *plancha*, Dios mío!
¡Fué inútil mi afán!

—¡La culpa no es mía
(pensaba entre mí).
La culpa es de Pepe,
de Jackson Veyan!

Si aquel excelente
simpático autor
no hubiera mezclado
los sexos allí,
ni hubiera abrazado
yo al pobre tambor...
¡ni nadie se hubiera
reído de mí!...

FIACRO YRÁVZOS.

EL CUENTO DE LA MURGA

I

Ello es que el año treinta, en Valdeflatos,
pueblo de cuatro gatos,
festejaban en grande á San Vicente,
y habían contratado los festeros

una marga indecente,
que á fuerza de soplar horriblemente,
además de indignar á los vecinos,
limpió la población de forasteros.
Cometieron los músicos indios
tan graves musicales desafueros,
que el alcalde, en un rasgo de energía,
los condenó á morir al otro día,
cosa, en verdad, que molestó bastante
á trompas, clarinetes, bombardinos,
cornetines, trombón y redoblante.
Y haciendo de verdugo *rusticano*,
enmedio de la plaza de la villa
se puso el alguacil con fuerte mano
á dar á los murgantes la puntilla.
No los quiso enterrar el señor cura
por lo mal que tocaron en la iglesia,
y el alcalde buscóles sepultura
en un terreno de la tía Nemesia,
y allí los enterró sin miramientos,
enterrando á la vez los instrumentos.
Trascurrieron seis meses,
la tía Nemesia se llenó de ingleses
y tuvo que vender su terrenito.
Lo compró un tal Benito,
ignorando que hubiera enterramientos
bajo aquella fanega que adquiría,
y después de labrarla cierto día
sembró en ella magníficos pimientos.
Al siguiente verano
tuvo una gran cosecha el hortelano,
y todos los pimientos que cogía
á la corte en banastas los traía.

II

El día de su santo celebraba
nuestro rey y señor. Se recreaba
en tener á su mesa mucha gente:
obispos, consejeros, generales
y nobles de tobillos ideales
y damas de hermosura sorprendente.
Por ser cosa curiosa y desusada
en la régia morada,
les puso muy contentos
un plato de magníficos pimientos.
De aquel manjar se hartaban
los que á su majestad acompañaban,
cuando ¡enorme sorpresa!
al ir á levantarse de la mesa,
notaron los ilustres comensales
cierto desentonado mosconeó,
rumor oculto de aires nacionales
por debajo de bandas y fajines.
Los estómagos eran cornetines,
los vientres bombardinos.
¡Qué arpegios y qué tinos
gástrico-abdominales
hacían sin querer los generales!
Hasta el rey y señor de las Españas
tuvo crueles momentos,
pues cruzaba sus vastos aposentos
con el himno de Riego en las entrañas.
El baile subsiguiente á la comida
fué en verdad una fiesta divertida.
Llevar música dentro es una ganga;
pero así no hay un dios que la soporte,
porque aquello aquel día no era corte,
era oculta y horrrisona charanga.
Pasó la digestión, y concluyeron
las internas horribles armonías.
Los médicos del rey enloquecieron.
Pero á los pocos días
cayó el pobre Benito en el garlito,
pues se dijo en la corte á voz en grito
que el vientre le sonaba
á todo el que compraba
pimientos de la huerta de Benito.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

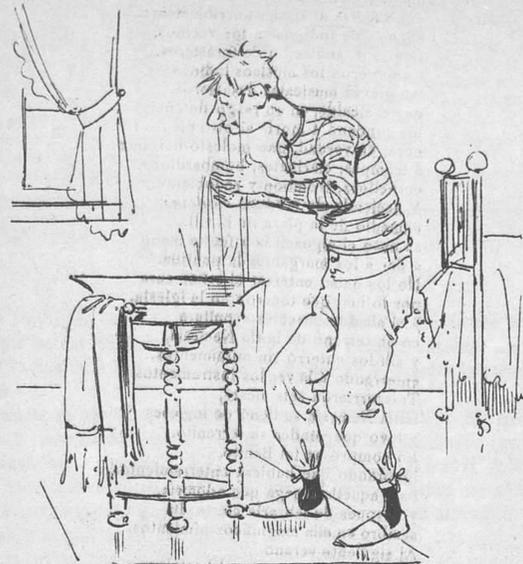
NO CABE MÁS

Hay que rendirse á la evidencia y confesar de plano, sin distinciones y sin reservas mentales, que hemos llegado (ó poco menos) al apogeo de la felicidad, del progreso y de la cultura; todo ello con intermedios cómicos de verdadero relieve.

Con Gamazo en el orden económico, D. Venancio en el orden intelectual, Sagasta en el orden político, el clero en las órdenes religiosas y la Asociación de padres de familia en la esfera de lo moral, tenemos lo que nos hacía falta... y más de lo que merecemos.

Esos padres no se duermen en las pajas, y hacen muy bien, porque tal sueño sería en ellos un contrasentido.

EL ARDIENTE FEBO



—Debo ir muy limpio. Porque á ella le gustan los muchachos limpios, como si lo estuviera viendo.



—Y con la raya... ¿Cómo le gustará la raya?



—El clavel rojo. Esto la conmovió extraordinariamente. A todas las rubias les entusiasman los claveles rojos.



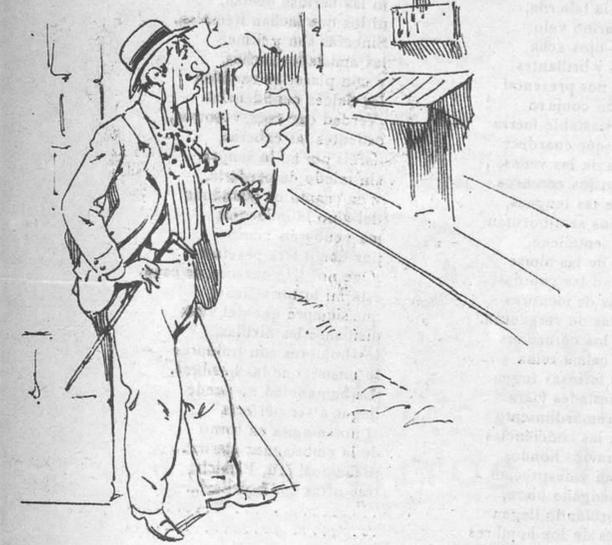
—Y con este contoneo y este empaque... me parece que va á ser pan comido.



—No está en el balcón todavía.



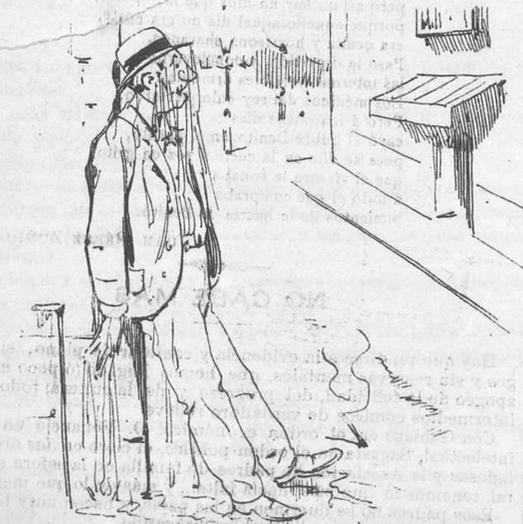
—¿Habrá salido?



—La cosa es que empieza á hacer un calorcito que ¡yá! ¡yá!



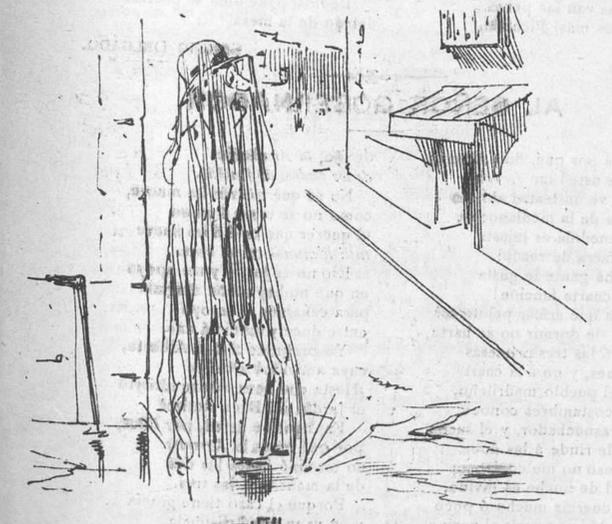
—¡Ya, yá! ¡Y cómo aprieta!



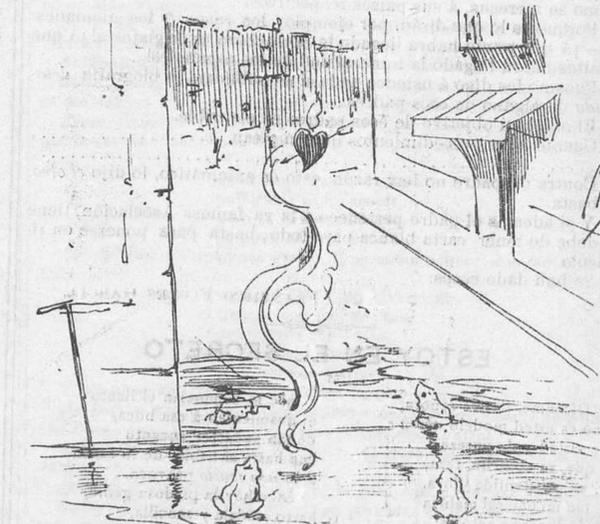
—Pues señor, tarda demasiado. Y el sol no tiene compasión de ninguna clase.



—¡Esto es horrible!



—¡Oh...



¡.....!

Por el contrario, velan, y velan por las buenas costumbres, por el decoro, por la moral, en suma.

El público es menor de edad y no sabe lo que le conviene ni los espectáculos que debe elegir para su divertimento.

De esta minoridad del público nacen sus grandes equivocaciones. Cree, por ejemplo, que le gustan y le divierten mucho los ejercicios de la *Bella Chiquita*... y resulta que está perfectamente equivocado.

A evidenciar tan perniciosos errores salen á la palestra, armados de todas armas, los padres de familia.

La autoridad los apoya y secunda sus nobles propósitos.

Y cabe preguntar:

Si la Asociación de padres de familia vela por los fueros de la moral pública, ¿para qué sirven las autoridades gubernativas?...

Para cobrar el sueldo.

Y menos mal si no cobraran más que eso...

El gobernador atiende inmediatamente las excitaciones y quejas de los padres, y prohíbe los espectáculos por ellos denunciados, como ha ocurrido con el baile (llamémosle así) de la *Bella Chiquita*.

Luego los padres tienen razón.

Y si esto es así, ¿qué autoridad es ésa que, para cumplir con su deber, necesita de excitaciones ajenas?... En este caso la autoridad es inepta. Y si luego los tribunales de justicia quitan la razón á los padres (como ocurrió en el caso de las señoras del Liceo Rius), la autoridad resulta arbitraria, é inepta también, por consecuencia.

¿Cómo está la autoridad en España?

Buena, gracias.

Me da el corazón de que en el negocio de la *Bella Chiquita* van á salir los padres con las manos en la cabeza, como en lo del Liceo Rius.

El abogado de la *Bella* (que también la *inmoralidad* tiene abogados) ha solicitado que se fije bien la personalidad del denunciante, «para proceder contra él en forma y tiempo oportuno.»

¿Eh? ¿Qué tal? Suponiendo—y está en lo posible—que al denunciante le cueste la torta un pan, no deben por eso achicarse los padres de familia. ¡Duro y á la cabeza!

Todo oficio tiene quiebras, y toda idea tiene mártires.

Acaso los padres de familia pierdan el pleito en este pícaro mundo; pero siempre les quedará la pura satisfacción del deber cumplido, la esperanza de una probable canonización y el presentimiento de ir á la gloria... ó al limbo, cuando menos.

Por el pronto pueden y deben tener un consuelo. No están solos en el mundo, ni lo estarán en el limbo, probablemente.

En la culta Inglaterra han brotado unas asociaciones que, si no con fines tan elevados como la *nuestra*, pueden, sin embargo, co-dearse (salvando la distancia) con *estos* padres de familia.

Confieso que al tener noticia de las tales asociaciones, se ha entibiado mucho la antipatía que siempre he profesado á los *ingleses*...

La prensa de estos días ha publicado el siguiente telegrama, fechado en Londres:

«En Hyde Park se ha celebrado un *meeting* de todas las asociaciones de templanza contra la embriaguez.»

Luego se dirá que no hay *ingleses templados*.

Aunque yo no sé si á esos de la *templanza* se les deberá llamar *templados* ó *templarios*...

Pero, en fin, el nombre no hace la cosa, y la cosa, en esta ocasión, no puede ser más útil é interesante.

Ahora lo indicado es la formación de unas asociaciones de taberneros contra esa *templanza* para ellos tan perjudicial.

Con lo cual adquirirían mayor interés los intermedios cómicos de que hablo al principio, y de los cuales disfrutamos, unas veces como espectadores y otras veces de referencia.

Ambas *instituciones* se dan la mano, se auxilian y se completan.

Allí contra la borrachera, y aquí contra la inmoralidad, *honran*, como se merecen, á sus países respectivos.

Porque es lo que dirán, por ejemplo, los rusos ó los alemanes: —¡A qué punto habrá llegado la borrachera en Inglaterra! ¡A qué límites habrá llegado la inmoralidad de los españoles!...

Pues no les digo á ustedes nada si se publicara la biografía *deta-*

llada de alguno de esos padres...

El objeto ú objetivo de esos padres es plausible.

Cuanto á los procedimientos que emplean.....

Contra un padre no hay razón: esto es axiomático, lo dijo *el otro*, y basta.

Y si además el padre pertenece á la ya famosa Asociación, tiene ó debe de tener carta blanca para todo, hasta para ponerse en ridículo.

Se han dado casos.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

ESTOY EN EL SECRETO

Dícenme, ilustre señora, que es usted modelo *ahora* de virtud y de pureza, y que, ya contrita, reza, y, ya arrepentida, llora.

De mi natural malicia serán livianos antojos; mas veo que, con justicia, aún son de muchos delicia las miradas de esos ojos,

que ni denuncian el llanto ni desmienten á esa boca, de tan seductor encanto que hasta al hablar de lo santo á lo *non sancto* provoca.

Dice hoy la piadosa gente, harto crédula y sencilla, que usted tan *otra* se siente que asuntos no da al que cuente escándalos de la Villa:

que huye usted las seducciones finas de los caballeros, Tenorios de los salones que aún cuentan en los rincones sus pasados desafueros:

que, si antes varió de amantes, hoy no tiene usted ninguno, y que es tan distinta de antes que de aventuras galantes se condena usted al ayuno.

Pero, hija, yo sé por qué ni en su palco admite usted al amor de frac vestido, respetuoso y de pie ante el descote atrevido.

Zánganos de blanco guante, de los del mundo elegante, se acercaron en tropel codiciosos de la miel de esa su boca excitante.

Alguno llegó á la hartura y á su amor debió renombre; pero, hija, se me figura que, en hombres que halló á su altura, no encontró usted nunca *su hombre*.

Y en un sueño, extravagante para una dama tan fina, se lo encontró usted delante, al subir á su berlina, en su trono, en el pescante.

Tan hombre y tan bruto es él, que le doy la enhorabuena; porque, desde el sueño aquel, en vano buscan la miel los zánganos de colmena.

Y usted, más sabia que loca, por lo que al adagio toca el dulce secreto guarda, pues la miel ya está en la boca del que merece una albarda.

EDUARDO BUSTILLO.

¡VINO!

Escucha tú, Pichichi, trae otras dos botellas, que á néctar de los dioses me sabe el Valdepeñas.

¡Bebed! ¡Tenía ganas de hundir la inteligencia en el caliginoso vapor de la taberna, que purpurino velo sobre los ojos echa y alegres y brillantes las cosas nos presental Al mágico conjuro de incontrastable fuerza del vino, que enardece la sangre de las venas, se excitan los cerebros, desátanse las lenguas, los nervios se alborotan, los ojos centellean, y vibran de las almas en libertad las cuerdas, sin trabas de mentiras ni argollas de vergüenza. Aquí en los corazones la dulce calma reina mientras furiosas rugen las tempestades fuera. Aquí el remordimiento no turba las conciencias y los agravios hondos se olvidan y desprecian, ni el desengaño hiere, ni á lo profundo llegan traiciones de los hombres y burlas de las hembras. Al fondo de las copas ahogadas van las penas... ¡Bebamos más! Pichichi,

destapa dos botellas.

..... Aquí, cuando entre gritos, insultos y blasfemias las relucientes facas dirimen las contiendas, las manos que las blanden no saben dónde pegan, ni las heridas duelen, ni los que luchan tiemblan. Sinceras son y firmes las amistades hechas, y con placer se cambian las dulces confidencias. ¡Verdad que aquí, vosotros, calientes las cabezas, daréis por mí la sangre sin miedo de perderla, y en cuanto os abandone del vino la influencia me venderéis acaso por dos ó tres pesetas? ¿Que no? ¡De chascos de esos está mi historia llena! que siempre que del vino disípanse las nieblas, los hombres son traidores lo mismo que las hembras. ¡La humanidad no puede llegar á ser perfecta si no se agita en torno de la embriaguez eterna!... ¡Bebamos! ¡Tú, Pichichi, trae otras dos botellas!...

..... ¡Rediós! ¡Qué bien se duerme debajo de la mesa!

SINESIO DELGADO.

AL SEÑOR GOBERNADOR

No sé por qué, don Alberto, se pone usted tan *feroche* cuando ve un teatro abierto después de la medianoche.

Esa medida es injusta y está fuera de razón: ¡á mucha gente le gusta ir á la cuarta función!

¿Para qué armar peloteras? El que de dormir no se harta, ése va á las tres primeras funciones, y no á la cuarta.

Es el pueblo madrileño, si sus costumbres conoce, muy trasnochador, y el sueño jamás le rinde á las doce.

En eso no me equivoco: Madrid de noche es divino, y que duerma mucho ó poco no ha de importarle al vecino.

Y si usted no nos auxilia, nos va á armar una cuestión,

de fijo, la Asociación de los padres de familia.

No sé qué interés les mueve, como no se tome á guasa, el querer que esté á las nueve *tutti li mundi* en su casa.

Eso no es justo, y me apoyo en que no hay razón ninguna para echarnos al arroyo entre doce y media á una.

Yo pregunto á don Alberto, cuya actividad admiro: ¿Hasta qué hora estuvo abierto el Jardín del Buen Retiro?

Explíqueme usted, por Dios, por qué causa la *Kermess* no terminó hasta las dos de la mañana ó las tres.

Porque el caso tiene gracia y en vano usted disimula. ¿Es que nuestra aristocracia, don Alberto, tiene bula?

En vista de esta excepción,
á su autoridad acudo,
pues se dice, y con razón,
que ésta es la ley del embudo.
De mí le puedo decir,
aun cuando me lo reproche,
que no me es fácil dormir
antes de la medianoche.
De bohemio no hago alarde,

pero es lógico y es llano
que el que se levanta tarde
no se retire temprano.
Que se acueste cuando quiera
la gente que se divierte.
Pues pensar de otra manera,
crea el señor Aguilera
que no es estar en lo fuerte.
GONZALO CANTÓ.

FRUSLERÍAS

No cometamos nunca el disparate
de decir que el amar es tontería,
porque eso á confesar equivaldría
que todos somos tontos de remate.

El cabello es sin duda el atractivo
que en más estima tienen las mujeres,
puesto que en cuanto riñen
es lo primero que se arrancan siempre.

Porque te di un beso un día
pensé morir de vergüenza,
y tú, en cambio, me aseguran
que te has quedado tan fresca.

Aunque no es de virtudes un modelo,
tranquila tiene la conciencia Alicia,
porque dice que Dios otorga el cielo
á todas las que pecan sin malicia.

Algo sin duda se propone Andrea
al comprarse bonitos los corsés.
Porque ¿qué más le da que sean feos,
si es ella sola quien los ha de ver?

Si se muere Pilar
y sus pecados le perdona Dios
y en el cielo después la deja entrar...
en lugar de un infierno, va á haber dos.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.



Ya sabrán ustedes que hemos vuelto á las antiguas tarifas de consumos.
A pesar de lo cual la recaudación tiene una baja de tres á cuatro mil
duros un día con otro.

Es triste cosa la que le pasa al municipio.
Los concejales empeñados en aumentar los impuestos.
Y la tierra empeñada en tragarse el producto...

Todos afirman que es malo
lo que ellos mismos escriben,
¡pero se ponen furiosos
en cuanto otro se lo dice!
FEDERICO CANALEJAS.

Leo:

«La Junta de teatros se reunió ayer, bajo la presidencia del señor go-
bernador, acordando informar favorablemente los expedientes de construc-
ción de dos nuevos frontones...»

¡María santísima! ¿Dos más? ¡Eso es abusar del varonil sport y del no
menos varonil juego!...

Y á todo esto, ¿qué tiene que ver con las pelotas la Junta de teatros?

No hay un santo que ejerza de abogado
de la fidelidad de la mujer.

¡Ay! si alguno lo fuera, ¿cuántos pleitos
había de tener!

J. LÓPEZ AGÜERO.

Como aquí somos tan exagerados para todo, se ha levantado una pol-
vareda inmensa con motivo de la apertura ó no apertura de los Jardines
del Retiro.

«¡Que el pueblo de Madrid necesita esos Jardines, para respirar como
es debido!»

«¡Que el pueblo de Madrid tiene derecho á gozar de lo que legítima-
mente le pertenece!»

En fin, que parece que el pueblo de Madrid revienta en el verano si no
se gasta una peseta por cabeza todas las noches.

Y luego dirá Ricardito Ducazcal, como si lo estuviera oyendo:

—¡Ya quisiera yo que vinieran á los Jardines pagando, un par de veces
á la semana, la mitad de los que han chillado diciendo que no podían vi-
vir sin ellos!

Ya han empezado á marcharse
las personas distinguidas,
y lo anuncian en la prensa
pagando á tanto la línea.

Los barrenderos de la villa también se han declarado en huelga.

¡Qué lástima!

¡Ahora que hacía falta barrer más aprisa que nunca!

En Andalucía Antonio
leyó en una portería
un letrero que decía:
«Se alquilan cuartos.»—¡Demonio!
(pensó). Salgo del apuro.
Y acercándose al portero
le dijo:—Oigasté, yo quiero
que me alquile usted un duro.

PASCUAL CUCARELLA.

El doctor Garrido, que es hombre que lo entiende, anuncia estos días en
los periódicos *específicos frescos*.

Así, aunque uno se encuentre en perfecto estado de salud, dan ganas de
tomarlos inmediatamente.

¡En vista de que hasta el agua de los botijos se pone como caldo!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Gavilán.—Se publicará, además, la titulada *Cosas del vulgo*.

Kid. ron.—No se puede hablar así, en letras de molde, de esas jóvenes
y de esos medios duros. Ni comerse ninguna sílaba en los endecasílabos.
Ni escribir *valvuciente* de esa manera.

Sr. D. L. G.—Va una cosita de esas. Sí recuerdo haber recibido la
sátira y haberla leído. Creo que di en esta sección la razón de no aceptar-
la, que no era otra que la índole del asunto, parecido al de otras muchas
epístolas del mismo género.

Sr. D. J. H.—¡Qué triste es! ¡y qué falta de ritmo se nota en los versos!
Zañun.—Sí se cantará, y tiene gracia, pero eso no impide que esté muy
mal hecho todo lo que tienda á injuriar á nadie, y especialmente á las
señoras...

Pepita Piporro.—La miniatura está bien, *d'après nature*, pero hay que
cambiar el nombre de la protagonista, por eso mismo justamente.

Gil Blas.—El asunto no vale la pena por estar *disuelto* en una composi-
ción tan larga.

Sr. D. V. de A.—Esta vez no puedo aprovechar ninguna.

Canguelo.—Eso, lo malo que tiene es que no parece composición com-
pleta. Parece que le falta algo ó que forma parte de una comedia... un po-
quito cursi.

Pegaso.—Sirve perfectamente para el objeto á que está destinado. Tal es
mi opinión, al menos.

Sr. D. M. P.—Vaya, que el asunto es escabrosillo como él solo. Y los
versos no están tan bien medidos como sería menester.

Sr. D. A. A. C.—Vulgaridad muy grande. Y la locución es: *encoger los
hombros ó encogerse de hombros*, pero *encoger un hombro solo* es cosa que no
se acostumbra á hacer.. mas que cuando obliga el consonante.

Roque Guinart.—No puedo contestar á usted á la primera pregunta por-
que la carta no traía fecha ni otra firma que el pseudónimo. Respecto á lo
otro...

quise decir que no hallaba
publicable ni un cantar,
pero se lo dije en verso
para menor claridad.

Lor Ito Real.—Tiene poca gracia. Y permítame usted una advertencia.
Díce usted:

«Como allí no hay diversiones
el tiempo muy mal se pasa,
bien bailando cotillones
bien comiendo macarrones
y nadie sale de casa.»

Y eso no se entiende. ¿No hay diversiones y se baila?
¿Se comen macarrones y hay cotillones en un *misero poblado* de Andalu-
cía? Pues... ¡no salgo de mi apoteosis, como dijo el otro!

Sequah 2.º.—Mande usted la firma y publicaremos unas cuantas cositas
de ésas.

Quijano.—No puedo decir á usted lo mismo para ninguna de las dos.

Sr. D. P. N.—Buñuel.—Creo que no se venden en Madrid esos catálogos.

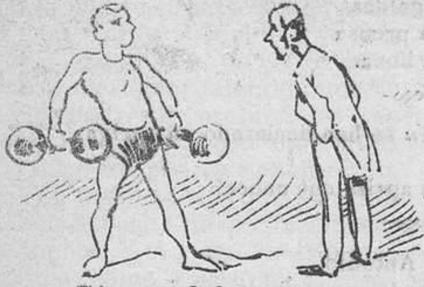
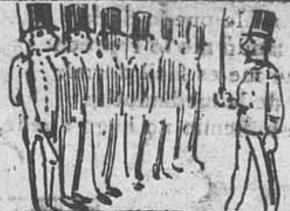
Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



Si perfumas el pañuelo con *Colonia Palomar*, podrás entrar en el cielo; si no, no podrás entrar.
Perfumería y Droguería. Fuencarral, 24.

García Carrasco tiene unos sombreros de copa que debía usar la tropa, porque es lo que le conviene.
Carretas, 26.



—¿Cómo podré reponer toda la fuerza que gasto?
—Pues... bebiendo á todo pasto *Cognac fino de Moguer*.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.



(*Escofet Fortuny y Compañía, Alcalá, 18, Equitativo.*)

Si á visitarnos viene el Príncipe de Gales, como es aficionado á los objetos de arte, de fijo que de todas las cosas más notables escoge los *mosaicos* que en esta casa se hacen, el *portland* superfino que dura eternidades, *florones* para techos tan ricos y elegantes que adornan dignamente palacios orientales, variados azulejos de mil distintas clases, las de patios y aceras baldosas especiales... Y al irse á su Inglaterra exclamará admirándose: —¡Qué cosas tan hermosas! ¡Dichoso el que las gastel!

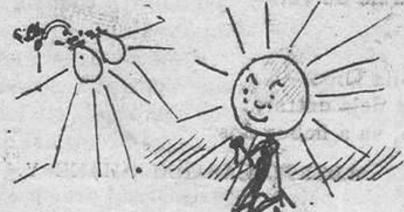


Con un traje de *Pesquera* salió á paseo *Facundo*, y á su paso todo el mundo le fué cediendo la acera.
Magdalena, 20.



Á *Martínez* he encargado una camisa de prisa, porque ¿qué es un diputado sin una buena camisa?
San Sebastián, 2.

La luz eléctrica presta grandes servicios; de modo que no duele lo que cuesta, pero requiere, ante todo, una instalación bien puesta.
Manuel Florentín.—Ballesta, 20.

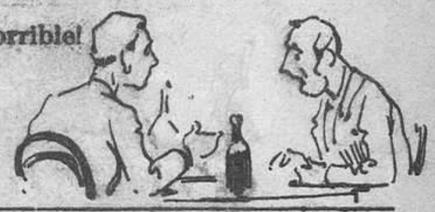


De la *Quina Palomar* quiso el frasco destapar con los dedos distraída, y tuvo pelo en seguida en la yema del pulgar!
Fuencarral, 24.
Droguería y Perfumería.



—Tengo dos reales en plata; ¿quieres que compre clavetes?
—No; gástalos en pasteles de los de *La Flor y Nata*.
Plaza de Celenque, 1.

—No puedo masticar. ¡Esto es horrible!
—Porque tú quieres, tonto. Con una dentadura inamovible te arreglabas muy pronto.
Tirso Pérez.—Mayor, 73.



—No hay mujer tan dichosa como *Dolores*. Es muy joven, muy rica, muy agraciada, tiene muchas docenas de adoradores y duerme en una cama de las mejores del *Bazar de la plaza de la Cebada*.
Número 1.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO